

Por otra parte, si la denominada «tradición republicana» o el «discurso republicano» no son de una sola dirección, desde luego que la «clave republicana» no puede serlo; embanderarse con una de ellas, la más nueva, importa tanto como convertir la república en lo que los ideólogos hodiernos entienden por tal, hasta cierto punto reescribiendo la historia con otros lentes. Reescritura que permitiría considerar republicano, por ejemplo, a Carlos Marx, verdadero desatino; imagino las risotadas del barbudo fantasma del germano itinerante. Marx ni fue republicano ni intentó reformar el republicanismo de su siglo. ¿Es que no han leído la *Crítica al Programa de Gotha* o *Sobre la cuestión judía*?

Esta nueva propuesta republicana que se nos plantea es, en verdad, restringida; por caso, nada dice de las instituciones liberal republicanas y se apoya tibiamente en ellas; su radicalismo se circunscribe al discurso feminista; a la proclama de la renta básica; a una idea liberal (¡sí, liberal!): la no dominación como definición de la libertad; y no mucho más. Algunas veces se agita en el aire una tendencia reformista en los autores (en términos marxianos ortodoxos); otras hay en las que se respira una romántica aspiración (utópica, en términos marxianos ortodoxos). Eso y sólo eso. Utópicos y reformistas del XIX fueron mucho más interesantes que estos agotados del novel XXI.

Juan Fernando SEGOVIA

Marcos Olalla y Laura Rodríguez Agüero (comp.), *Prácticas intelectuales y políticas de las derechas católicas en Mendoza desde mediados del siglo XX hasta nuestros días*, Guaymallén, Qellqasqa, 2023, libro digital.

Este libro trae escándalo. Está fresco el recuerdo de su presentación. En la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, Argentina, en el mes de mayo de este año, se celebró su aparición con la exposición de dos señoras investigadoras del CONICET que, entre risas y risotadas, se burlaron hasta el vómito de las personas que este libro trata. El libro acaba de entrar al público con la grotesca celebración de la izquierda vernácula que combina la crítica seudocientífica con

la payasada guasona propia de un burdel o un espectáculo de burlesque, que no de la universidad.

Que la universidad se haya convertido en un nido de ratas, no es descubrimiento. Tampoco es nuevo que la ratería defeque en donde come. Pero que el dueño de casa lo permita, eso sí es novedoso. La institución que nació para conocer y enseñar la verdad se ha convertido –mil años después– en una cueva en la cual los que transitan en ella se revuelven gustosos y felices en el estiércol que producen.

Por cierto que hay excepciones. Sin embargo, la más de las veces, mudas.

Baste lo dicho para que el lector tome nota del clima chusco que rodea al librito que hemos de reseñar. Y también para que advierta el «estado de la cultura» en este tiempo y por estos lados.

En la «Introducción» los compiladores nos cuentan el disparador del libro: la violenta reacción de un grupo de universitarios católicos el pasado año frente a una exposición artística que consideraban –y que era– blasfema, impía y –agrego– satánica. Preguntándose por la causa (remota) de la reacción, emergió la derecha católica que dio tono a la universidad a partir de una experiencia educativa en la España franquista.

A partir de aquí comienza la búsqueda del común denominador de ese grupo, un «vector ideológico» de la «reacción» al que llaman –a lo largo del libro– con una asombrosa variedad de calificativos: (a) derecha católica, derecha o las derechas; derecha nacionalista; extrema-derecha confesional; derechas integristas confesionales; (b) hispanismo católico reaccionario; tradicionalismo reaccionario; hispanismo reaccionario o catolicismo reaccionario; (c) tradicionalistas católicos y tradicionalismo católico; tradicionalismo católico-hispánico; académicos tradicionalistas católicos y académicos católicos integristas; bloque tradicionalista confesional; también reaccionario, tradicionalista, conservador y autoritario; (d) nacionalismo católico tomista integrista; reaccionarios, revisionistas y nacionalistas; nacional catolicismo; nacionalista y antiprogresista; nacionalismo revisionista y reaccionario; (e) integristismo católico e ideólogos integristas; (f) bloque conservador; reacción conservadora; neo-activismo conservador; etc.

Aquí ya hay un primer problema no solucionado: ¿de qué están hablando?, ¿qué van a historiar? En verdad, todas esas etiquetas ¿son sinónimos? ¿Puede el objeto de estudio ser tan vago e impreciso? En la cabeza de los autores lo es y por mucho que uno se ponga a explicar similitudes y diferencias no lo van a entender. Es el antiguo «método del rejunte» consistente en reunir bajo un mismo rótulo a todos los que no piensan como los progresistas tolerantes laicistas, a todos los «ellos».

Laura Rodríguez Agüero, a renglón seguido, estudia: «El tradicionalismo católico cuyano frente a la “crisis de autoridad” y el combate a la “subversión” (Mendoza, 1973-1979)». Para decirlo en pocas palabras: la relación de la derecha católica mendocina con el terrorismo de Estado de marzo de 1976 y su contribución al «clima de pánico moral y a la construcción de la idea de enemigo interno a escala local».

En este caso, siguiendo a la profesora María Celina Fares, la autora bautiza al grupo con el nombre de «nacionalismo católico tomista integrista». Estaría integrado por historiadores nacionalistas antiperonistas, tales como Enrique Zuleta Álvarez, Jorge Comadrán Ruiz, Edberto Acevedo y Pedro Santos Martínez, entre otros, pues en la red caen otros peces: Dardo Pérez Guilhou y Enrique Díaz Araujo, Rubén Calderón Bouchet, Dennis Félix Cardozo Biritos y Abelardo Pithod, Alberto Falcionelli y Jaime María de Mahieu. Muchos de ellos pasaron por España y quedaron prendados del «proyecto cultural franquista», y pregonaron «el mito de la hispanidad» contra el modernismo.

La autora se da cuenta de lo heterogéneo del grupo, ya que admite que había en él: integristas, maurrasianos, nacionalistas, carlistas/monárquicos, franquistas, hispanistas, opusdeístas y lefebvristas. Pero todos entran en la misma bolsa, esa que llamamos «ellos». Es una manera partisana de hacer historia que no gusta de precisiones y distinciones reales, que desconoce matices y diferencias, porque la verdad –si para estos la hay– es un «bulto» que forman a antojo.

Todos «ellos» quedan cobijados por un mismo proyecto anticomunista y de restablecimiento de la autoridad, protestando en contra del gobierno peronista y organizándose en la oposición a iniciativas en la educación pública durante 1973. La autora

plantea el desarrollo del conflicto en este terreno repitiendo las acusaciones de la derecha, pero dejando en el aire el análisis de las ideas y tendencias del plan gubernamental de clarísima orientación marxista con su pedagogía liberacionista.

Luego, a propósito de un artículo del momento de Abelardo Pithod, se detiene en la revista *Mikael* del Seminario de Paraná. La espiga, engrosa la lista de «ellos» y pasa a un libro de Enrique Díaz Araujo, *La rebelión de los adolescentes*, en el que ya se declara la «limpieza ideológica de la universidad». Y así concluye.

Mucha preparación, muchos señalados y magros resultados. Que los podría haber obtenido si en lugar de reseñar nombres y tendencias se hubiera metido la autora con las medidas represivas adoptadas en la universidad desde 1976. Pero no lo hizo, navegó en chalupa sin brújula en el mar de las ideas y quedó varada en la nada.

Lourdes Murri tampoco acomete lo que la anterior dejó en el tintero en su capítulo: «La “depuración” en las universidades: prácticas y discursos de la derecha peronista en escala nacional y local (1974–1976)». Estudia, *rectius*: quiere estudiar, la denominada «misión Ivanissevich» entre 1974 y 1976: las políticas represivas universitarias del ministro de educación peronista Oscar Ivanissevich, de su continuador Pedro Arrighi y del rector interventor Otto Burgos.

Hay que reconocerle que intenta lo que hasta aquí no se ha hecho, esto es, precisar qué se entiende por «ellos», los de derechas, que sintetiza en tres ideas: «la defensa de formas de desigualdad social que entienden como naturales, la concepción del presente degenerado frente a un pasado mejor y un conspiracionismo más o menos exacerbado». Descripción esquiva por demás, pues cabe a varias corrientes ideológicas: a los liberales en sus variadas expresiones, a los conservadores y sus diversas corrientes, a los socialistas románticos, a los añorantes republicanos, a los fascistas, etc. Incluso a los marxistas, salvo por aquello del pasado mejor, aunque –bien visto– Marx creía en una sociedad comunista originaria o primitiva. Pero claro, el marxismo está a la izquierda de la derecha, ¿o no? La vaguedad conceptual hundiría el trabajo si el naufragio no quedara todavía asido al salvavidas del peronismo.

La autora se embarca en distinciones dentro del sector nacionalista que luego cree aplicables al peronismo, aunque opta por definir dos frentes: la derecha nacionalista peronista, enfrentada a la izquierda peronista o peronismo revolucionario. De más está decir que casi no hay mayores precisiones, lo que hubiera sido de interés se hiciera porque es verdad que esa diferencia existía por entonces, sin olvidar que el peronismo es prioritariamente un partido de gobierno en el que comulgan varias corrientes intestinas unificadas por el líder o por el botín. Como todo partido político, por otro lado.

Luego viene un índice de las medidas adoptadas por Burgos, que incluye la mención de los asesinatos de varios estudiantes – que no se atribuyen al interventor–, algunos recordados por quien escribe esta reseña. Analiza luego algunos discursos del rector interventor y del ministro Ivanissevich, con apreciaciones de la autora que, en ocasiones, son desopilantes, como cuando hace el retrato intelectual de Ireneo Cruz.

Al final, a pesar del nada claro *corpus* ideológico de esta derecha peronista, Murri ha logrado una discreta colaboración en el campo de los hechos reportados por los periódicos. Pero a la descripción fáctica se le echa en falta el no haber señalado el caótico y revolucionado clima que se vivió entonces, del que tengo clara memoria; clima en extremo ideologizado y violento del que nada se dice, y del cual fue tan responsable la izquierda –los progresistas– como la derecha.

Seguidamente Alejandro Paredes se detiene en el entramado de los «Diálogos transandinos en la revista *Tizona* sobre el rol político del integrista católico en Chile y Argentina (1972-1975)». Ya el comienzo es malo por tuerto: dice Paredes que Mendoza era un centro de reunión de conspiradores contra el gobierno de Allende, que es media verdad o un tercio de ella. Mendoza fue el refugio de muchos exiliados chilenos y también el campo de batalla de los revolucionarios vecinos. ¡Cómo olvidar el *Mendozazo*! La historia no olvida, la memoria sí.

Yendo el tronco del capítulo, trata de la colaboración de intelectuales mendocinos de «matriz católica e hispanista» (Enrique Díaz Araujo y Rubén Calderón Bouchet) en la revista chilena *Tizona*, que dirigiera Juan Antonio Widow. El núcleo a discutir es

una serie de artículos sobre la represión política y el golpe militar escritos por los mendocinos y los chilenos Widow y Luis Giachino. El autor los analiza someramente y concluye abruptamente. ¿Qué decir, entonces?, ¿qué juicio hacer de este magro estudio? Pues eso, que es magro, sin substancia, que no trata de lo que se propuso y su valía es la misma que la nulidad.

Toca a Marcos Olalla proponer el examen de «La serena disciplina de las armas. Rubén Calderón Bouchet, un tradicionalista católico en la revista *Mikael* (1973–1983)». El aporte del viejo maestro ha sido, según el autor, «la dotación de la especificidad del componente católico hispano en el lugar de enunciación de la extrema-derecha confesional de la región cuyana». Da la impresión de que Olalla cree que Calderón fue algo así como la cabeza pensante de una red que formaban todos los ya mencionados además de Toribio Lucero y Estela Lépori de Pithod, Francisco Ruiz Sánchez, Héctor Padrón y Carlos I. Massini Correas.

El autor opta por analizar la revista *Mikael*, del seminario de Paraná, en la que don Rubén escribió algunos artículos concentrados en la caracterización de la Modernidad y sus figuras (Hobbes, Lutero, Voltaire, etc.), la ruptura del sistema religioso medieval y el advenimiento de la revolución. Aquellos trabajos presentan a la Modernidad bajo el signo de la secularización al mismo tiempo que inspiran el «programa tradicionalista» de «contrarrevolución y restauración», pero Olalla se inclina más bien a señalar la «identificación calderoniana con el fascismo», valiéndose de ciertos indicios que no estudia. Todo lo cual le habilita a concluir «la convergencia más o menos episódica de tópicos fascistas en el tradicionalismo católico de raíz monárquico-carlista de Calderón Bouchet».

El proceder de Olalla no nos es desconocido: la ligereza del etiquetar sin analizar, como hacen los empleados de un supermercado. Por lo tanto, su juicio carece de seriedad. En otra ocasión he dicho de Don Rubén que fue historiador del mundo nacionalista, reaccionario, fascista, pero que era él muy católico para dejarse encandilar por esas falsas luces, y muy tomista para no reconocer los errores de base de esas ideologías: el materialismo, el vitalismo, el estatismo, el racismo, el totalitarismo. Olalla debería recorrer las páginas escritas por el viejo maestro para advertir que Cal-

derón Bouchet siempre supo discernir, distinguiendo las causas justificadoras y las buenas intenciones, de las malas ideologías y sus nefastas consecuencias prácticas. Que escribiera sobre Gabriele D'Annunzio y admirara su literatura no hace de Calderón un fascista. Esa sería la conclusión de un necio.

Pero avanzando en el trabajo de Olalla hay que reconocerle su mayor seriedad al leer las colaboraciones de Don Rubén en *Mikael*: lo ha leído bien y ha entendido la altura de la crítica a la Modernidad, si bien intenta descubrir intenciones ocultas que Calderón deslizaría al momento de los '70 del XX (como la crítica a la teología de la liberación, la teología política de izquierda) en los temas históricos que considera, un direccionamiento de las censuras a las tendencias de entonces. Se diría: «sobre interpretación», que delata la apuesta del autor a favor de todo aquello que Calderón critica, la revolución, hecha de protestantismo, Estado, democratismo, secularización, ilustración, ideología.

Pero su interés se dirige a un artículo de Calderón Bouchet de 1978 titulado «Notas marginales», en el que don Rubén combate el idealismo político –la ideología– que acaba cuajando en sistemas represivos; en su lugar postula el clásico realismo del saber práctico de la política. Olalla califica esta perspectiva de tosca metafísica enredada en impugnaciones teológicas que remata en «un repliegue catequístico». Claro que el autor olvida que *Mikael* era una revista de un seminario de lectura entre gente de fe católica. Claro, también, que la molestia es explicable porque Calderón está impugnando el sistema de Marx. Tocado en el ala, Olalla derrapa: cuando don Rubén refiere la justicia distributiva, el autor entiende que habla de la propiedad. Pasaje que habla, más bien, del ayuno saber del colaborador.

Me he detenido largamente en este capítulo sobre Rubén Calderón Bouchet porque es sintomático de las revisiones izquierdistas del pensamiento de aquello que llaman derecha, del pensamiento de «ellos». Olalla sabe leer, incluso por momentos sabe penetrar en el planteo que estudia, pero no puede quitarse de la mollera las categorías de izquierda con las que piensa, mostrándose finalmente incapaz de comprender. Y si por instantes atisba algo, tiene que torcerlo según su propósito deliberado: no le basta a Olalla que Calderón defienda a Dios, a la Iglesia y a la

Tradición, tiene que sumarle de su mano las Fuerzas Armadas. Así la mentira (al fin y al cabo, la falsedad es una mentira) se consume y el historiador se corrompe.

Prosiguiendo Mario Troiano dedica el capítulo siguiente a la «Red de publicaciones del catolicismo reaccionario en Mendoza: *Idearium* y “el orden libre y cristiano” de Dardo Pérez Guilhou». A todas luces el propósito es un despropósito: el autor sabe que los colaboradores de aquella revista no forman cuerpo con los tradicionalistas católicos de Mendoza, pero le da lo mismo a la hora de «dibujar» la imaginaria red en una amplia extensión.

He sido profesor de la Universidad de Mendoza y he colaborado con *Idearium*. La universidad es laica, cuasi masónica en sus orígenes; sus profesores, ayer y hoy, no hacían gala –salvo pocas excepciones– de profesión católica; la revista era jurídico-política y sus colaboradores fueron de un arco ideológico variopinto. El caso de Dardo Pérez Guilhou, mi viejo y querido maestro, no difiere: republicano, defensor de la constitución de 1853, conservador liberal, nunca se manifestó públicamente como católico ni forjó su ideario en el catolicismo. Era, en todo caso, un alberdiano. Sumarlo a la red no tiene más motivo que sus relaciones, quiero decir sus amistades. Sólo un ideologizado ignorante se tomaría el trabajo de ponerlo donde no puede ser puesto. Mas no nos anticipemos.

El autor aspira a probar el espíritu tradicionalista analizando los editoriales de *Idearium*. Los firmaba Héctor Corvalán Lima (pero un buen lector podrá descubrir en algunos casos la pluma de Carlos Massini Correas), y lo que molesta e inquieta a Troiano es el repiqueteo antimarxista de esos escritos y el rechazo a la subversión imperante en nombre de la tradición latino-católica-hispánica. Ello le basta para decidir que la revista era parte de la «red del catolicismo reaccionario e hispanista». Baste con lo dicho: Troiano ha cumplido su cometido. Lo ha hecho a costa de desconocer el contexto ideológico de aquel entonces, en el que la invocación de la latinidad, la catolicidad y/o la hispanidad era recurso corriente en los contradictores de la izquierda pagana, atea, universalista y antihispana, revolucionaria en suma.

Pasando a Dardo Pérez Guilhou, el autor recuerda que escribió solamente tres artículos para la revista. Cuando Troiano

lo llama abogado desconoce que Don Dardo también era profesor de historia y doctor en historia; que «su método» jurídico pretendía enriquecer el derecho desde la historia y la política; que esa visión era el horizonte que impulsaba sus escritos en el entendimiento de la realidad. Por ignorarlo, la apreciación que Troiano hace de sus escasas colaboraciones es, por lo general, mezquina. En la descripción que hace de la *forma mentis* de Pérez Guilhou –siguiendo a la Fares– hay suficientes elementos como para probar que no era parte de la red de la derecha católica. Pero poco importa al autor.

Cuando examina el artículo «La Corte Suprema de Justicia y los gobiernos de facto (1861–1971)» no ha advertido Troiano que Dardo Pérez buscaba encontrar un límite a los gobiernos de hecho –como el que estaba en ciernes– en el Poder Judicial, porque él no colaboró con el golpe del '76 y no lo apoyó ni tan siquiera intelectualmente. Tengo registradas confesiones que me hiciera Don Dardo sobre aquellas circunstancias y de su indoblegable actitud frente a las requisitorias militares. ¿Acaso le ha interesado al autor saberlo, siendo que viven sus hijos, sus discípulos y sus alumnos? Por supuesto que no podrían interesarle testimonios que fueran en contra de sus prejuicios.

En el artículo siguiente sobre «El nuevo orden jurídico político», Troiano advierte contradicciones, pero pasa por alto un hecho y una palabra altamente significativa: la «guerra» contra la subversión. Sería desopilante que no reconociera que a izquierda y derecha –desde antes de 1970– se definía la situación como una guerra. Otra cosa es que la circunstancia bélica justifique la quiebra del orden constitucional y lo que Pérez Guilhou viera de positivo en ello. Pues lo que nuestro maestro ponderaba era que no existiera pretensión de ejercer el poder constituyente originario, y que, en sus palabras, el gobierno militar se pusiera como meta «volver a la organización previa existente». Como conservador liberal constitucionalista, don Dardo veía con buenos ojos un gobierno de fuerza transitorio que retornara al régimen de la constitución del '53.

El último artículo a examen es «Los partidos políticos y la constitución». Dardo Pérez –como cualquier analista político– conocía los defectos del sistema partidario, en particular su carác-

ter oligárquico; y ante su inevitable retorno los ponía –como buen republicano liberal– sometidos a la constitución. Troiano no lo ha remarcado suficientemente, porque parece que le da lo mismo, *mutatis mutandis*, estar hoy del lado de las fuerzas revolucionarias que mañana del de la democracia partidista.

Para concluir, el autor percibe lo que diferencia a Dardo Pérez Guilhou de la red católico nacionalista, y sin embargo le es completamente irrelevante. Una justificación menuda podría ser que, sacarlo del medio, hubiera significado que su capítulo no se publicara. Me parece, sin embargo, que lo que explica la publicación es la necesidad ideológica de la historia partisana de mostrar al enemigo como una monstruosa red de cien cabezas.

Leonardo Visaguirre estudia el «Itinerario de Ángel González Álvarez en Mendoza. Un embajador filosófico-cultural del hispanismo católico en la UNCuyo», lo que comporta un paso atrás, porque hay que volver a mediados del XX cuando González Álvarez enseñó en la Universidad (lo hizo entre 1949 y 1954). Y también comporta un desvío, porque si bien el metafísico español estuvo en Mendoza no era mendocino sino leonés. Otra aplicación del «método del rejunte», que dijéramos. Que el autor aprovecha para ajustar sucintas cuentas con el cura Juan Ramón Sepich y el Congreso de Filosofía del '49.

Para continuar con el confusionismo hasta aquí reinante, Visaguirre sigue rejuntando las corrientes político-intelectuales de la Península: franquismo y tradicionalismo, hispanismo y catolicismo demoliberal, todas son lo mismo para él. Sin embargo, la intención es evidente: traer a la red del nacionalismo católico un heterogéneo lote de profesores peninsulares que fueran propagandistas del hispanismo franquista; y poner el ojo en el Instituto Cuyano de Cultura Hispánica.

Basta con lo dicho para juzgar de este capítulo, pero no conviene salir de él sin antes dar cuenta de otro motivo de la inclusión de González Álvarez en el libro: denostar la metafísica clásica –aunque modernizada en el docente hispano–, específicamente la escolástica y el tomismo. Porque para Visaguirre todo esto no era más que una operación de enmascaramiento en la que la filosofía oculta sus metas políticas, cito: «enmascarar la conexión entre posiciones filosóficas ontológicamente cerradas y

posiciones políticamente conservadoras y reaccionarias», además de «antidemocráticas».

Así el abanico del enemigo se abre imaginariamente a todo aquel que se confiese tomista, al tiempo que se devela una raíz filosófica adjunta a la veta católica. El cerco se cierra, mejor: se cerró. Adentro de él quedaron también Nimio de Anquín, Alberto Falcionelli, Jaime María De Mahieu, etc., junto a numerosos becarios del Instituto.

José Ernesto Bianchi afronta el estudio de «Antiliberalismo y crítica al dualismo antropológico en el pensamiento de Enrique Díaz Araujo», en concreto: lo que el fallecido profesor realizó en su crítica a Jacques Maritain y su «nueva cristiandad liberal», un camino que va de la filosofía a la política, pasando por su homenaje a Étienne Gilson. Para el autor Díaz Araujo es un integrista, esto es, un tradicionalista reaccionario que tuvo la singularidad de denunciar al carlismo como distinto del tradicionalismo. Se opuso, por tanto, a los neocarlistas. Nunca se preguntó quiénes eran carlistas en esa ficticia red.

No merece nuestra atención detenernos en la crítica a Maritain, que Bianchi ha seguido atentamente. Lo que sí nos interesa es que –siguiendo al católico liberal opusdeísta Roberto Bosca– el autor subraya que el enfrentamiento del mendocino implicaba al liberalismo católico, a las corrientes modernistas del Vaticano II y, en general al comercio del catolicismo con el mundo moderno. Todo ello montado sobre la impugnación del dualismo antropológico de Maritain y su corolario destructor del bien común. Por lo tanto, Enrique Díaz acusa las consecuencias de la Reforma Protestante y de su vástago, el liberalismo, conforme las enseñanzas de Jordán B. Genta. Y, es obvio, tenía ser un epígono de Santo Tomás de Aquino el acusador del racionalismo y el kantismo.

Bianchi ha visto bien las conexiones, fáciles de advertir, por cierto. Y acierta al poner en el tapete la oposición entre el concepto cristiano clásico de libertad y la libertad liberal. Su colaboración continúa con el análisis de una conferencia de Díaz Araujo en la que, los elementos anteriores, son traídos a esta tierra y la refutación del liberalismo fundacional de la Argentina, en particular el romanticismo liberal.

Ahora bien, el diligente examen de las ideas del historiador mendocino lleva a Bianchi a descubrir la mentalidad de Enrique Díaz, que dice «un marcado sesgo reaccionario o de contrapensamiento» que lo hace antimoderno; «un mesianismo distópico» a resultas de la decadencia de la civilización occidental y cristiana; todo lo cual convierte a Enrique Díaz en un tradicionalista reaccionario en los términos de la ya citada Fares.

Así acaba el artículo que, de todos los considerados hasta ahora, es el más fiel al autor estudiado. Bueno es que Bianchi no haya entremezclado tintes ideológicos personales al historiar a Díaz Araujo. No obstante, su colaboración es inacabada; carece de un estudio de la numerosa obra de Enrique Díaz Araujo sobre la historia argentina, estudio que hubiera permitido a Bianchi ampliar el panorama de las ideas y tener una nueva perspectiva de sus opciones políticas.

El capítulo de cierre se debe a Paula Ferreira y se refiere a «La emergencia de agrupaciones estudiantiles de derecha en el actual movimiento universitario: los casos de AEFYL (UNCuyo) y Alternativa (UNR)». La hipótesis de la autora es que estas agrupaciones estudiantiles conservadoras emergen en respuesta a la agenda de género y diversidad en las universidades, expresándose la reacción en las propuestas «provida» contra los derechos sexuales y reproductivos.

Desde ya que la autora comparte la «agenda» que los estudiantes critican y se ocupa en largas páginas –más de diez, un tercio del trabajo– a mostrar los progresos que en tal sentido se han hecho en la educación argentina a tales propósitos, destacando la que llama «marea feminista» en la universidad. Sin embargo, esto habla de ella, no de los estudiantes.

Detrás de los jóvenes aparecen las figuras de los fallecidos Enrique Díaz Araujo y Edmundo Gelonch Villarino; la del profesor Santiago Gelonch. Mucho más no puede decir la autora de la agrupación estudiantil de Mendoza, por lo que pasa a la rosarina. Aquí surgen los nombres de dos intelectuales que han hecho bastante ruido con sus obras de divulgación, me refiero a Agustín Laje y Nicolás Márquez. Lo que está haciendo es arrojar nombres sobre la mesa dando por descontado que son parte de la red imaginada. Así se hace historia.

Ambas agrupaciones tienen ideas en común que la autora destaca: los planteos provida y la defensa de la gesta de Malvinas. Pero aquí se agotaron los recursos de la red. Lo que la Ferreira quiere mostrar al concluir es el cambio de estrategia de la derecha católica, que ha pasado de la represión en el pasado siglo a la propaganda de organizaciones no gubernamentales en el presente. En este cambio ubica a las agrupaciones estudiantiles, como engranajes de un neo-activismo conservador que conforman una red de agrupaciones de derecha.

Acabemos ya con esta extensa reseña. Lo primero a hacer es un deslinde: no parece correcto asimilar el festejo caníbal de las señoras en la presentación del libro con el contenido de éste. Aquél fue un acto marcado por la vulgaridad, la sorna y el asco académico. El libro, en cambio, pretende de serio, más allá de los defectos que hemos marcado y más acá de otros que señalaremos.

En segundo lugar, me veo obligado a una comparación: si la izquierda ha sido en Argentina una posición política dura y hasta ingeniosa, en nuestros días –como revela la obra estudiada– se ha reblandecido por lo difuso de su ideario de fondo –salvo alguna expresión extremista, generalmente el feminismo– y su estratégica plasticidad para acomodarse a los meandros del camino del siglo que vivimos. En el acomodamiento al mundo, la revolución ha perdido genio y se ha quedado en la etapa de demolición verborrágica.

De aquí, en tercer término, la inclinación a convertir las conquistas del pasado en el progreso, esto es, hacer del presentismo la razón de ser del progresismo. La impecabilidad del presente agota intelectualmente a esta izquierda burguesa pseudouniversitaria, convirtiendo a la revolución en un papel de escritorio o un panfleto de cátedra. Por supuesto que no niego que la revolución tenga otra cara –como se ha visto en Chile hace pocos años–; lo que estoy diciendo es que estos «intelectuales» izquierdistas y progresistas «de superficie» no pasan de la mediocre estatura de nuestras universidades.

Como abogados del presente, convertido de por sí en progreso, estos docentes e investigadores serían modelo de «tolerancia» realista como vanguardia del progresismo. Se me ocurre pensar

si hubieran sido tan tolerantes ellos en la universidad marxista Patricio Lumumba; y si la universidad hubiera sido tolerante para con ellos. Porque la tolerancia para con el presente progresista los hace, por necesidad, intolerantes para con aquellos que critican el progreso presente.

Esto explica el libro: cómodo con el hoy, incómodo con aquellos a los que incomoda el hoy. De aquí algunos de los rasgos comunes a casi todos los trabajos reunidos en esta crítica a la derecha católica. Para comenzar, la floja tarea intelectual, plagada de lugares comunes, que en otros tiempos no hubieran pasado de un pasquín o un folleto. Esta izquierda perezosa y sin cacumen hoy escribe libros y se refugia en organismos científicos. Se ha vuelto el «lumpenproletariado» de la nueva burguesía progresista.

Esa pereza se refleja, por caso, en el nulo gusto por el estudio de las fuentes. No cabe duda de que muchos de los personajes aquí historiados han tenido una producción intelectual muy vasta, pero los historiadores del lumpenproletariado progresista se han conformado con tres o cuatro articulillos, algún libro y nada más. La pereza los empobreció, les secó la cabeza; sus producciones así lo muestran.

Si volvemos a las primeras cuartillas de este análisis, notaremos la prueba más cabal de esta mendicidad intelectual: han arrojado en el libro por lo menos veintiocho etiquetas con las que rotular el fenómeno estudiado sin jamás exponer su sentido. Se trata de un juego de sinonimias que podrá tener sentido en el café o la barricada, pero que no lo tiene en una obra que presume de seria o científica. Un alumno que hiciera lo que estos lumpenproletarios de la historia no aprobaría un examen. ¿Aprobarán —me pregunto— el juicio de los organismos científicos? Si se los mide con el raseró con el que hoy evalúan las universidades...

Me parece justo decir que de todo este mediocre lote sólo destacan dos trabajos: el de Olalla sobre Rubén Calderón Bouchet, y el de Bianchi acerca de Enrique Díaz Araujo. No es que carezcan de defectos e interferencias ideológicas, pero al menos han examinado más o menos concienzudamente y más o menos objetivamente el pequeño grupo de trabajos que escogieron.

Sin embargo, en conjunto, queda sin probarse la «red de derecha nacionalista católica hispanista». Estudiar en España no lo hace a uno «hispanista». Que González Álvarez se radicara en Mendoza e impulsara la visión de España de Francisco Franco no hace hispanista a la Facultad, a los alumnos y los profesores. Había otros caminos para profundizar en la indagación, pero no se han seguido. Deberán descubrirlos, si realmente les interesa.

Tampoco se ha probado la red «nacionalista». Es cierto que varios de los profesores estudiados lo eran, pero es un desatino decirlo de Dardo Pérez Guilhou, de Rubén Calderón Bouchet, de Enrique Zuleta Álvarez, de Alberto Falcionelli o de Abelardo Pithod. Si hubo red, no fue tan extensa y muchos peces que creyeran capturar se salieron de ella. Una red ideológico-política no se puede fundar sobre amistades o relaciones, como no se dice de una mujer que sea judía porque se casó con un judío.

Es cierto que varios de los mentados eran «católicos», pero no todos ellos lo admitían o reconocían como base decisiva de sus trabajos o de sus opciones políticas. En algunos casos el ser católico no tuvo relevancia alguna en su carrera ni en sus decisiones. Nombro dos casos: Dardo Pérez Guilhou y Enrique Zuleta Álvarez.

Se puede aceptar, *grosso modo*, que todos eran de «derecha», pero lo que se ha dicho de ésta –en escasísimos capítulos– es tan vulgar que el calificativo se diluye en el aire. Máxime si la derecha está en relación dialéctica con la izquierda, cuyo significado tampoco se precisa en el libro. Pero si tomamos por izquierda lo que antes dijimos, tomándonos de las ideas de los historiadores en este libro, evidentemente estos profesores no eran izquierdistas ni progresistas.

Final: el libro es modelo de historia izquierdista partisana y sólo eso. Y como modelo es pésimo por prejuicioso: en lugar de comprender el objeto de estudio para luego criticarlo –lo que hace siempre nuestro entendimiento: primero conoce y después juzga–, lo criticó sin haberlo conocido.

Juan Fernando SEGOVIA